

DON QUADRIO

1. Apuntes biográficos de don José Quadrio

José Quadrio nació en Vervio, en la provincia de Sondrio, el 28 de noviembre de 1921, de Agustín y Santiaguina Robustelli: una familia campesina, rica de virtudes cristianas. La gracia de Dios se había poseído de su corazón desde niño, hasta el punto de que, ya con ocho años, se había dado un serio reglamento de vida, que terminaba con las palabras: "Intentaré hacerme santo". Leyendo la vida de Don Bosco que le prestó el párroco, sintió que la congregación salesiana sería su familia.

En 1933 entró en el Instituto misionero de Ivrea, destacando por su inteligencia, pero sobre todo por su bondad. En 1937 se hizo salesiano y fue elegido para estudiar en la Facultad de Filosofía de la prestigiosa Universidad Gregoriana de Roma. Consiguió la licenciatura con la máxima calificación, y con solo 20 años empezó a enseñar filosofía a los clérigos en Foglizzo, con claridad y profundidad.

En 1943 empezó, de nuevo en la Gregoriana, los cursos de teología, viviendo en la comunidad salesiana del Sagrado Corazón. José es salesiano e imita al estudiante Juan Bosco: dedica todo su tiempo libre al cuidado de los "sciuscià", los huérfanos de la Segunda Guerra Mundial. Su interioridad y su amabilidad salesiana fueron creciendo y manifestándose cada vez más.

En 1946, en presencia de nueve cardenales, incluido el futuro Pablo VI, defendió en una solemne disputa teológica, la definición dogmática de la Asunción de María al cielo. Tuvo un éxito que lo hizo famoso en la Iglesia y en la Congregación. Pio XII se apoyará también en sus estudios para definir solemnemente el dogma de fe en 1950.

Los éxitos en el estudio y la superioridad intelectual no disminuyeron su jovialidad humilde y servicial, privada de cualquier manifestación de orgullo. Ordenado sacerdote en 1947, se doctoró en teología en 1949. El mismo año empezó a enseñar en el estudiantado teológico de Turín.

Claro e incisivo, dejó una profunda huella en sus numerosos alumnos del Ateneo Pontificio Salesiano. Su unión con Dios le llevó a alcanzar las vetas de la mística. Se dirá de él que cuando subía a la cátedra, su enseñanza era tan anclada y profunda, que parecía que la teología se encendiese.

En 1954 es nombrado decano de la facultad de teología. En 1960 se le manifestó un mal incurable: linfogranuloma maligno. Plenamente consciente, continuó hasta que pudo la enseñanza y la participación en la vida comunitaria. También en el hospital manifestó el calor de su bondad hacia todos. "El gran milagro que Don Rua me ha hecho – escribió pocos meses antes del final – es una paz no merecida y suavísima, que hace de estos días de espera prolongada, los más bellos y felices de mi vida". Murió el 23 de octubre de 1963.

2. Don Quadrio, acompañado en el crecimiento

Muchos de los rasgos que han distinguido la figura, la personalidad y la vida del Venerable Don Quadrio, seguramente han sido fruto de un don y de una gracia particularmente vivida. Sin embargo, más que percibir las virtudes en los pequeños

comportamientos de la infancia, será más fecundo observar más de cerca cómo ha sido la formación del joven José Quadrio, o lo que es lo mismo, cómo el ambiente, las personas, los encuentros y los acontecimientos han acompañado la maduración humana y espiritual del futuro sacerdote, acompañante espiritual y venerable.

En una lectura atenta de la *Positio super virtutibus*, aparece claro desde el principio que, para que un acompañamiento espiritual pueda ser fecundo, debe haberse realizado en una óptica eclesial. Lo que se puede observar, de hecho, en la experiencia terrena y personal del Venerable Don Quadrio, es la presencia de varias personas que, de manera discreta pero determinante, lo han acompañado en su crecimiento. No se trata solo de un acompañamiento personal vivido entre el joven y su acompañante, sino – sobre todo – de un verdadero acompañamiento llevado adelante por todo el pueblo de Dios.

Entre los variados encuentros que han contribuido a formar en el corazón y en el ánimo del Venerable, aquellos caracteres que lo harán después un hábil acompañante de almas, ponemos algunos de relieve:

2.1. *El clima familiar*

José Quadrio es el quinto de ocho hijos, vive en una familia numerosa en la que la madre Santiaguina, mientras esperaba a José, debía atender también a una tía gravemente enferma; circunstancia que preocupará mucho a la madre, inquieta por las consecuencias que este cansado trabajo habría podido tener sobre la salud del feto. Tenemos este testimonio de mamá Santiaguina:

Santiaguina Robustelli era una mujer fuera de lo común. Todos la recuerdan en el pueblo como una mujer excepcional. Crecida en un ambiente de auténtica fe y madurada por el trabajo desde pequeña, como es normal en Valtellina. Madurada por la numerosa maternidad (8 hijos) y sus correspondientes preocupaciones y sufrimientos. El tercer hijo murió quemado de pequeño. Otra hija, poco después del matrimonio, murió dejando un hijo, Valerio (...). La madre era una persona madura y lo demostraba con su comportamiento humilde y siempre sereno: respondía a los miedos del marido con una bonita sonrisa que daba seguridad, tanto en las pruebas de fidelidad como las ocasiones complicadas que no faltaban en su ambiente (...). Era considerada madre de todos, especialmente de los niños. El secreto de su fortaleza interior y de su serenidad solo lo explica su necesidad cotidiana de participar en la Santa Misa y comulgar¹.

El papá de José. Agustín, para mantener a su numerosa familia, se adaptó a cualquier tipo de trabajo, donde sea si hubiera sido necesario:

El padre Agustín, no pudiendo quitar el hambre de su numerosa familia solo trabajando la tierra, se adaptó a hacer de trabajador inexperto allí donde fuese necesario. Había estado en Suiza, como sucede todavía hoy para muchos *valtellinenses* (...) Era un hombre de fe, un poco introvertido, como todos los hombres de la Valtellina, enamorado de su mujer, hasta el punto de ser algo celoso².

La oración constituía el tejido conectivo de la vida familiar. La hermana de Don Quadrio, Mariana, recordaba que:

¹ *Positio*, 39.

² *Positio*, 40.

Con mi hermano, hemos crecido juntos de pequeños. Él, a los seis años, tenía un carácter fuerte. Tras la primera comunión, cambió mucho, se hizo más dulce y más paciente. Siempre había sido reflexivo. Nos gustaba jugar a las funciones religiosas entre los niños y a él le tocaba siempre el papel de sacerdote. Servía todos los días en la Santa Misa y cuando no estaba arriba, en la montaña, iba todos los días a hacer una visita al Santísimo en la Iglesia, además de la Misa. Cuando estábamos en la montaña a cuidar el ganado, no se podía ir a Misa; el abuelo nos dejaba ir y a él le gustaba participar. A mí un poco menos³.

Precisamente, la figura del abuelo Juan parece que haya dejado una impronta decisiva en la formación del alma de Don Quadrio; de hecho, se deduce el perfil de una persona muy religiosa que, ante la imposibilidad de bajar al pueblo para la Misa dominical, por la distancia, a la hora de la función recogía en torno a sí a sus nietos pequeños y los hacía rezar. Les explicaba las más bellas páginas de la Historia Sagrada, las que mejor podrían quedar impresas en su fantasía soñadora y dócil.

2.2. *Las amistades y las compañías*

Además del contexto familiar más estrecho, es importante y fundamental observar también más de cerca el contexto ambiental alargado en el que el joven José ha crecido:

Nuestra vida en el pueblo, entonces, estaba marcada por la escuela, el catecismo y las funciones religiosas. El resto del tiempo se trabajaba en el campo o llevando al prado a los animales de la casa. Se comenzaba a trabajar temprano. Éramos un pueblo de gente trabajadora, campesina. Nos habituábamos enseguida a la pobreza digna, al sentido de la honestidad, de la ayuda recíproca⁴.

Entre las figuras que han incidido de forma determinante en la vida del joven José y su decisión de tomar el camino de la vida consagrada y sacerdotal, encontramos dos personas que en su simplicidad, han sido fundamentales:

- Su párroco, don Félix Cantoni, del que el mismo don Quadrio recuerda la importancia de su camino de formación humana, espiritual y vocacional:

E don Félix, querido y simpático don Félix, con su sonrisa abierta y bonachona, con su gran corazón como sus montañas. No se la tome a mal, don Félix, pero si un pintor quisiese hacer un cuadro de don Bosco joven sacerdote, yo lo mandaré a Rogorbello, a buscar a don Félix: he encontrado pocos sacerdotes que en el rostro y en el corazón se parezcan tanto a don Bosco como usted⁵.

- Su maestra elemental, Rita Foppoli. José, para asistir a la quinta elemental, debía acercarse a Mazzo, recorriendo varias veces el tramo de camino a pie, no muy corto, precisamente. Aquí, José encontró a la maestra Foppoli, que siguió con particular atención a "aquel chico que no era como los demás"⁶. Don Quadrio, con ocasión de su primera Misa, recordará la importancia que esta mujer tuvo en su elección:

No podré olvidar nunca que la decisión definitiva de mi vocación fue tomada una tarde memorable en la Iglesia del Vervio, a los pies de la Virgen, tras un largo coloquio con una

³ *Positio*, 41.

⁴ *Positio*, 44.

⁵ *Positio*, 48.

⁶ *Positio*, 143, n. 359.

de aquellas heroicas y nobles figuras de maestra, enteramente consagradas al bien de sus alumnos⁷.

2.3. *Las amistades y las compañías*

No todos los encuentros y los acontecimientos pueden ser calificados como buenos y positivos: también en la vida de los santos hay encuentros no positivos, pero igualmente determinantes, que han contribuido a hacerlos tales. El mismo José Quadrio, cuando se encontraba en el noviciado, confiándose al propio maestro, don Magni, recordaba un acontecimiento sucedido cuando tenía 8 años:

El contacto con un amigo no bueno... me hizo abandonar el confuso pensamiento de hacerme sacerdote. Lo curioso es que, también en este triste periodo, todos me consideraban bueno, es más, el mejor, el más piadoso, el más santo, cuando – sin embargo –, solo Dios sabe, porque ni yo mismo logro explicármelo, lo bajo que había caído, en qué estado se encontraba mi pobre alma. Pero el Señor me esperaba: ¡Había que terminar con aquello! (...) Era el primer domingo de febrero. Regresaba de las vísperas, me encontré con la compañía habitual y nos pusimos a jugar a los dineros o a los botones. Perdía y continuaba a perder. A un cierto punto perdí los nervios y (me quemaban todavía los labios de solo pensarlo) pronuncié una blasfemia a media voz. Lo hice sin darme cuenta, pero de tantas veces que había escuchado blasfemar, llegué también a hacerlo yo. Nadie me oyó y, sin embargo, no sé qué experimenté en aquel momento⁸.

La importancia de este encuentro se verá, precisamente, en la edad adulta, cuando el mismo don Quadrio reconozca una especial predilección de Dios hacia él, que nunca le ha abandonado, y que, es más, lo ha custodiado siempre de cerca, también en los momentos no del todo buenos y positivos, como en el caso del episodio citado. A partir del recuerdo de este hecho desagradable, el joven José iniciará en su vida un serio camino de fe y de discernimiento vocacional.

2.4. *Los rasgos significativos de don Quadrio*

De estos sencillos y breves trazos familiares y ambientales de la vida de José Quadrio, podemos reconocer algunos elementos que él mismo ha aprendido en la escuela de los que lo han acompañado, y que serán finalmente el rasgo significativo de su actuar como salesiano y como sacerdote:

1. La bondad de ánimo y la sonrisa son rasgos característicos de don Quadrio adulto, que se traducen en su ser un hombre disponible, servicial, comprensivo. Don Quadrio adulto, en su sobriedad, no deja nunca de realizar un esfuerzo para comprender y atender la situación de los demás.
2. Sencillez: los rasgos familiares y ambientales apuntan todos hacia la humildad y la sencillez. Don Quadrio adulto manifestará estos rasgos de la sencillez que ha aprendido en su juventud: la construcción de un vínculo de afecto verdadero y ternura con los que trataba, de modo especial con los salesianos jóvenes.
3. La fe representa el eje fundamental de todo el camino terrenal de don Quadrio. Una fe sencilla pero profunda y enraizada, que ha aprendido desde niño mirando los ejemplos luminosos de sus padres, de sus abuelos y de todos lo que lo han acompañado en su crecimiento.

⁷ *Positio*, 48.

⁸ *Poisitio*, 46.

3. Don Quadrio acompañante en el discernimiento

Tras haber visto su experiencia como “acompañado”, intentaremos a hora, en una pocas líneas, resaltar algunos rasgos de su ser acompañante de otros, sobre todo de los salesianos jóvenes.

3.1. “Fue verdaderamente un hombre para todos”: un racimo de virtudes en el servicio

“Fue, verdaderamente, un hombre para todos”. Esta es la expresión que su director ha usado para hablar de su persona, un salesiano “siempre dispuesto a prestar un servicio, a confortar a un enfermo, a acoger en su habitación, incluso en horas inoportunas, a todos los que recurrían a él para una explicación o un consejo”⁹.

Ciertamente, este compartir la vida plenamente y con disponibilidad – una *conditio sine qua non* salesiana para acompañar en el discernimiento – es el fruto maduro de un decidido y constante *cuidado de sí mismo* que ha tocado con equilibrio cada aspecto de su vida, una vida luminosa como la plena *benignitas et humanitas Christi*. No una virtud en particular, sino un racimo de virtudes (bondad, compasión, sencillez, sacrificio, humor...) sostenidas armónicamente unidas en su amistad con Cristo.

Con esta humanidad plena acompañaba a sus clérigos: “su rol formativo lo desempeñaba sobre todo en las conversaciones reservadas y en la dirección espiritual informal, para la que era muy requerido, sobre todo por los clérigos que tenían alguna dificultad vocacional, y para la que siempre estaba muy disponible y manifestaba paciencia, no obstante le debiese costar mucho porque le quitaba tiempo de la preparación de las clases y que recuperaba quitándole horas al sueño”¹⁰.

3.2. “El hombre del diálogo”: primun escuchar

Entre todas las virtudes que sustanciaban su profunda humanidad y bondad, merece una mención particular – por la reflexión que estamos haciendo pero, sobre todo, por el testimonio unánime de quien lo ha conocido – su capacidad de escucha, disposición fundamental para acompañar en el discernimiento. De hecho, “cuando nos sucede que hemos de acompañar a otro para discernir el camino de su vida, lo primero es la escucha” (ChV 291).

¿Qué “forma” ha adquirido en él esta virtud? Cuando don Quadrio estaba “presionado por requerimiento de consultas teológicas y espirituales por parte de los estudiantes, se prestaba con sencillez generosa. Y en el curso de la conversación, se tenía la impresión de que aquella fuese su ocupación preferida en aquel momento”¹¹. Una ocupación en la que él “no dominaba la conversación. Escuchaba. Dejaba hablar a todos. Interventía recuperando alguna brizna positiva de los comentarios. Casi nunca contrarrestaba, sino que ofrecía elementos de reflexión, corrección del juicio (...) Le importaba el respeto a la persona y que nadie fuese humillado o vencido”¹². Un verdadero servicio a la persona,

⁹ d. Brocardo, *Summ.*, p. 351, n. 994.

¹⁰ d. Gatti, *Summ.*, p. 300, n. 855

¹¹ d. Palumbieri, *Summ.*, p. 282, n. 796.

¹² d. Vecchi, *Summ.*, p. 388, n. 1108.

evidentemente “no fácil y todavía hoy desatendido (...): de escuchar a quien sea, de día o de noche. En el patio o en su habitación, en clase o incluso en los exámenes. Escuchaba con simpatía, maravilla, atención , con gusto”¹³. De modo particular, en algunas situaciones, ante las dificultades serias, subrayaba que “no se da el caso que haya que temer que esté perdiendo la fe y, por tanto que haya que pasar enseguida a la apología; sino que es necesario escuchar con paciencia y proceder con gradualidad para disipar dudas y clarificar puntos oscuros”¹⁴.

En definitiva, “para él el diálogo fue verdaderamente, como debe de ser, antes que nada capacidad de escucha, y solo en un segundo momento derecho de intervención”¹⁵: de este modo, “valorizaba todo el otro y extraía lo mejor de la persona que incluso ella ignoraba de sí misma”¹⁶.

Y así acompañaba a la persona y a la comunidad entera: “escuchaba y sabía crear el sentido de familia”¹⁷.

3.3. “A él le debo todo lo poco que soy”

Para terminar estos breves apuntes es conveniente dejar la palabra a uno de sus muchachos más cercanos y que acompañó en el camino de la vida, haciéndose después salesiano y sacerdote, Luis Crespi¹⁸. En su “apasionado” testimonio esboza, con expresiones vivas y luminosas, el estilo completamente salesiano de don Quadrio:

“Se ha adaptado a caminar junto a mí, ¡pobre alumno (...) de capacidades especulativas muy, muy limitadas!”. “A él le debo todo lo poco que soy. ¡Haber llegado a ser su amigo! Con cierto orgullo pienso en el tiempo que ha ‘perdido’ por mí, en las numerosas y largas cartas que he recibido de él. Creo que puedo decir que me ha plasmado día tras día” (n. 26).

“Don Quadrio ha sido el amigo de mi alma. El amigo que está ahí y recibe todo y olvida todo para dar todo, ¡para darse todo-enseguida-siempre!”. “No se asustaba de nada y no te asustaba cuando en el desahogo también exagerabas. No recuerdo que me haya interrumpido ni una sola vez, o que me haya dicho: ¡“te equivocas”! Tenía una santa capacidad de dejarte hablar” (n. 28).

“No lo sentías como un peso, sino como un padre espiritual: ¡lo sentías como amigo! Para explicarme mejor, podría decir que no tenía el alma “profesional”, sino un corazón oratoriano, por usar una feliz expresión de nuestro tiempo. Caminando junto a mí, mano con mano, ha entrado plenamente en mi vida” (n. 29).

“He tenido una crisis vocacional el cuarto año, cuando en octubre, en un mes, he perdido a mi madre (...) pensaba haber perdido el camino y... lloraba. Y yendo con don Quadrio a la habitación, también para esconderme, me dejaba llorar y hablar; y él, sereno y dulce, casi en voz baja, me hablaba de Providencia” (n. 30).

¹³ d. Melesi, *Summ.*, p. 194, n. 472.

¹⁴ d. Loss, *Summ.*, p. 240, n. 637.

¹⁵ d. Loss, *Summ.*, p. 251, n. 682.

¹⁶ d. Loss, *Summ.*, p. 251, n. 682.

¹⁷ d. Ravasio, *Summ.*, p. 208, n. 499.

¹⁸ d. Crespi, *Summ.*, pp. 39-45.

“Me ha llamado la atención su ‘humanidad’ hecha de acogida, hecha don” (n. 32).

“Decía: en tu vida salesiana no podrás rezar mucho ‘como quieras’, pero tendrás que – a toda costa – salvar tu Misa. Esa media hora es la única cosa verdaderamente tuya: ¡no te la dejes robar!” (n. 34).

“Sí, para mí ha sido un gran educador espiritual, también fuera del sacramento. Educaba a la oración, a la aceptación de la realidad como voluntad divina, a la obediencia y al amor a la Iglesia. Todo lo que decía había tenido la prueba del nueve en su vida. Don Quadrio ha estado siempre de parte de quien, cosas o personas, intenta comprenderlas” (n. 38).

“De su saber escucharme todo el tiempo que quería, he aprendido, prácticamente, que mi tiempo, sobre todo como sacerdote, es de Dios; y aquellos que llaman a mi puerta deben poder sentirse los primeros, los únicos, los últimos... aquellos con los que quiero, pues, estar el mayor tiempo posible. ¡Considerar a todos importantes! (n. 39).

“Con él respirabas una ‘santidad humana’, sencilla, cotidiana, entendida como bondad, paciencia, ternura, sentido de oración y de sacrificio-fuerte, sentido de la medida, apertura a los problemas del hombre, abandono de tus seguridades: respirabas Iglesia, respirabas a Don Bosco. Tenía la capacidad de abrir las ventanas de nuestras almas para hacernos respirar aire fresco y nuevo” (n. 42).